La orquídea de plata

Convertini, Horacio
La orquídea de plata / Horacio Convertini ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Laura Leibiker ; ilustrado por Juan Pablo Caro. - 2a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2020.
112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre azul)

ISBN 978-987-545-890-1

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Leibiker, Laura, dir. II. Caro, Juan Pablo, ilus. III. Título.
CDD A863.9282

© Horacio Convertini, 2015
© Editorial Norma, 2015
Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: julio de 2015
Segunda edición: marzo de 2020

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker
Edición: Francisco Gorostiaga

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Gerenta de producción: Paula García
Jefe de producción: Elías Fortunato

CC: 61092482
ISBN: 978-987-545-890-1

La orquídea de plata

Horacio Convertini

Ilustraciones
Juan Pablo Caro

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/ar

A Mariel, a Franco, a Daniel.

Mal de ausencias

El año más terrible y maravilloso de mi vida empezó con una flecha de luz. Fue un lunes de otoño de 1991. Yo tenía doce y estaba en séptimo grado. Me había quedado dormido con la persiana entreabierta y el primer sol del amanecer, anaranjado y oblicuo, me apuntó con sus rayos directamente a los ojos. Fue más eficaz que el despertador, los zamarreos de mi abuelo o el truco preferido de mi abuela: entrar a la habitación con un plato de tostadas recién hechas y acercármelo a la nariz. No solo me desperté sino que lo hice sin el menor hilo de modorra, esa telaraña pegajosa que te envuelve y te sujeta a la cama, sobre todo cuando hay que ir a la escuela o al trabajo.

Me di vuelta hacia la pared y me tapé la cabeza con la almohada. No para dormirme de nuevo, porque estaba seguro de que sería una tarea imposible. Solo quería pensar en Sofi sin que la claridad del alba me molestara. Ella había sido mi primera compañera del cole, y cuando digo "primera" lo hago en el sentido más amplio y absoluto: fue la nena que se sentó a mi lado durante todo el jardín de infantes. Nos separaron en primer grado (ella fue al B, yo al A) por esas cosas tontas que ocurren en las escuelas: al entrar a la primaria, te dividen siguiendo el orden alfabético de los apellidos sin pensar jamás que Juan Balmaceda y Sofía Molinari son carne y uña. Así, pasamos de ser amigos inseparables a no dirigirnos la palabra, pero en este punto por esas cosas tontas que hacen los chicos cuando empiezan a crecer.

Afuera de mi habitación ya se oía el andar afelpado de mi abuela recién levantada, algún perro malhumorado chumbándole al barrendero y, como una música que parecía llegar desde la otra punta del mapa, la radio del abuelo sintonizada en una audición de tangos. Lo imaginé afeitándose con esmero porque entre las muchas cosas que aún hoy, veinte años después, lo hacen un personaje increíble están la elegancia y la prolijidad. "A la vida hay que darle el «buen

día» con una cara que merezca la pena", sigue siendo su respuesta cuando le cuestionan la coquetería. Por entonces, esperaba que yo siguiera su ejemplo. "¡Peinate, Juani, querés, que parece que te hubiera explotado un petardo en la cabeza!", rezongaba como un ogro al verme salir a la calle con los pelos todos parados. Pero esos enojos le duraban poco porque es más manso que un perro de peluche.

El mundo exterior, en síntesis, ya se estaba desperezando y en un ratito nomás me tocaría a mí salir de la cueva para ir al colegio. Me vinieron a la memoria los primeros *flashes* de mi historia con Sofi. Como sus padres trabajaban desde muy temprano, la traían a casa para que mi abuela la llevara junto conmigo al jardín de infantes. Lloviera a mares, hiciera un frío polar o un calor incendiario, ir con Sofi era el motivo que justificaba no faltar jamás a la escuela. En el camino jugábamos al "veo veo", a la "pulseada china" o a "dale que viene un monstruo". Este último juego lo habíamos inventado nosotros: uno empezaba diciendo "dale que viene un monstruo" y le agregaba una situación dramática. Por ejemplo: "Dale que viene un monstruo y te ruge en la cara". El otro tenía que repetir la frase entera y continuar con la escena siguiente: "Dale que viene un monstruo y

te ruge en la cara y vos salís corriendo". El que se olvidaba una palabra o se equivocaba en una parte, perdía. Siempre terminábamos armando un relato larguísimo, absurdo y gracioso. Bah, gracioso para nosotros, no tanto para mi abuela, que debía soportar nuestro parloteo incesante durante el viaje. Luego, al regreso de la escuela, Sofi se quedaba en casa hasta que sus padres venían por ella. Compartíamos todo. Nos gustaba ver en la tele "La Pantera Rosa", armar castillos con los juegos de encastre, dibujar dragones, príncipes, princesas... Pero lo mejor era que si ella quería pasarse media hora peinando la crin de "Mi Pequeño Pony", yo la ayudaba sin protestar, un gesto que Sofi retribuía cuando yo la ponía a atajar penales en el zaguán. "Son tal para cual", decía mi abuela, y eso resultaba tan evidente que no se discutía.

Todo muy lindo, muy tierno, muy cálido... pero algún terremoto debe haber ocurrido en nuestras cabecitas porque unos años después no nos dábamos ni bolilla. ¿Cuándo se enfrió nuestra amistad? Supongo que en primer grado, cuando nos pusieron en aulas diferentes y los padres de ella pudieron organizar los horarios de trabajo de manera tal que no necesitaron la ayuda de mi abuela. No sé qué nos pasó. Recuerdo que Sofi se volvió fanática de Xuxa y se

la pasaba cantando y bailando. Y que yo me volví fanático del fútbol, del skate, de correr como loco en cualquier momento y por cualquier motivo. Ella dejó de invitarme a sus cumpleaños porque de golpe quería que fueran solo para nenas. Y yo hice lo mismo por una razón parecida: mis fiestas quedaron reservadas a varones para poder jugar libremente a la pelota.

Lo concreto es que Sofi y yo terminamos viviendo en universos paralelos. El de ella estaba lleno de flores rosas, de soles con una sonrisa enorme, de suspiros de almíbar, de nubes de algodón, de perfumes dulces. El mío, de pelotazos de puntín, de caídas en el pavimento, de manos sucias de tierra y de flequillos chorreando transpiración. Pasamos de amigos inseparables a perfectos extraños. Yo, lo reconozco, a veces me quedaba unos minutos espiándola en los recreos y se me hacía como un retorcijón por dentro. Sebas, mi mejor amigo, venía y me preguntaba:

—¿Qué tiene de divertido ver a las chicas del B saltar la soga?

—Nada.

—¿Entonces qué hacés parado ahí como un pavote con la boca abierta, eh? Vení a jugar a las escondidas con nosotros...

Siempre terminaba igual: regresando de apuro a mi universo, que no solo era paralelo sino también opuesto al de Sofi.

Todo volvió a cambiar el primer día de sexto grado cuando, no sé por qué capricho, Sofi apareció en el A y se sentó naturalmente a mi lado, para sorpresa de Sebas que quedó tan desconcertado y solo como un delantero en *offside*.

La novedad también fue muy fuerte para mí. La miré y por primera vez me fijé en su pelo (una cascada de tirabuzones negros) y más que nada en sus ojos. No voy a decir que me parecieron como "pedazos de cielo" porque suena a esos boleros melosos que mi abuela canturrea mientras plancha. Prefiero una imagen más concreta: descubrí que los ojos de Sofi tenían el color de los envoltorios de los caramelos de ananá. ¡Y a mí me encantaban los caramelos de ananá! La sorpresa me produjo un ataque fatal de timidez.

—¿Q-qué ha-hacés a-acá? —tartamudeé.

—Me pasé —respondió ella.

—¿Po-por?

—Por nada, porque quería. Le dije a mamá: hablá con la directora que quiero sentarme otra vez con Juani. Y acá estoy.

—¡Te-te acordás de mi no-nombre!

—¿Y qué? ¿Vos te olvidaste del mío?

—N-no, So-sofi...

—¿Pero qué te pasa? ¿Te atragantaste con un caramelo que hablás así? —y soltó una carcajada.

Recordar esa escena de un año antes me hizo sentir raro: como si una ola de alegría, al retirarse, hubiera dejado dentro de mí una huella de tristeza. Escuché los pasos de mi abuela acercándose. Y la puerta, que se abría muy despacio.

—Juani, querido, arriba que es hora...

Me saqué la almohada de la cabeza para que viera que ya estaba despierto. Se sentó a mi lado y me acarició el pelo.

—¿Qué pasó que me ganaste? —dijo—. ¿Un mal sueño?

Respondí que no con un gesto y me hice un ovillo bajo sus brazos. Quise decirle que era por Sofi. Por su ausencia. Por ese misterio del que nadie hablaba. Pero preferí callar porque ya sabía que mi abuela, con todo el amor que sentía por mí, no me iba a decir la verdad.

El enigma de Sofi

Puse lo mejor de mí para que nadie se diera cuenta. Comí una tostada con mermelada casera de frutillas y le di dos sorbos al café con leche procurando que el desgano no asomara demasiado. Pero mi abuelo es como un detective del alma. Siempre descubre lo que me pasa por dentro, le basta con una mirada. Aquella mañana apareció en la cocina con su ropa de trabajo perfectamente planchada, el pelo peinado hacia atrás y la piel de la cara, rosa como la de un bebé. Mordió una de las tostadas que yo había dejado y se largó a cantar imitando la tonada de los tangueros de la tele.

—*Golpearon la puerta de la humilde casa, la voz del cartero muy clara se oyó, y el pibe corriendo, con todas sus ansias, al perrito blanco, sin querer pisóóóó...*

—¡Basta, abuelo, que es temprano para tus payasadas!

—¿Sabés cómo se llama este tangazo?

—No sé ni me importa.

—"El sueño del pibe". Y esa cara larga que tenés solo se explica si dormiste mal. A no ser que haya otra cosa revoloteando por tu cabecita... *Mira qué cabeza locaaaa, posar tus ojos en mí*... —y arrancó de nuevo. Lo peor fue que se puso a bailar al ritmo de un vals, sus brazos rodeando la cintura de una compañera invisible.

Mi abuela, que acababa de tender la ropa en el patio, llegó justo y salió al rescate.

—Dejá tranquilo al nene que hoy ya estaba con los ojos abiertos cuando lo fui a despertar. Tuvo una mala noche, pobrecito... Y decime: ¿no se te hace tarde a vos?

—Ta bien, ta bien, me voy, pero porque el mundo me necesita. Hay demasiadas cosas rotas y alguien las tiene que arreglar. *Adióóós, qué triste fue el adióóós*...

Mi abuela le tiró un servilletazo por la cabeza y tuvo que contenerse para disimular la risa. Con él era imposible enojarse.

—No le hagas caso a ese chiflado —me dijo—. Piensa que todo es broma y que nosotros siempre tenemos que estar de humor para seguirle el tren.

¿Sabés lo que es haberlo aguantado tanto tiempo? ¡El premio Nobel a la paciencia me van a dar! Bueno, Juani, dale que vas a llegar tarde.

Tuve que hacer fuerza para ponerme de pie porque la tristeza me pesaba en los hombros. Otra vez el aula y la silla vacía de Sofi. Otra vez sin que nadie diera ni una mínima explicación. Solo que estaba enferma y que cuando se sintiera mejor iba a volver. Pero los días seguían pasando y su falta se volvía más notoria, al menos para mí. Al principio yo le llevaba la tarea, pero ahora ni eso: la señorita Virginia se encargaba personalmente. Me daba la sensación de que existía un pacto de silencio del que mi abuela también participaba. Cuando le preguntaba por Sofi me contestaba con evasivas, como queriéndose sacar el problema de encima.

—¿Sabés qué tiene?

—Una varicela o algo así, cosas de chicos.

—¿Y cuándo vuelve?

—Un día de estos, cuando menos la esperes la vas a ver.

—¿Puedo ir a visitarla?

—Mejor no, las nenas son coquetas y no les gusta que las vean con mala cara.

Mentiras, pavadas, excusas. Me daba cuenta perfectamente porque mi abuela era transparente

como un papel de calcar: cada vez que yo sacaba el tema de la enfermedad de Sofi me esquivaba la mirada y se iba a hacer algún mandado. La conversación quedaba flotando en el aire y, cuando ella volvía, ya se había disuelto. Entonces me ponía a pensar qué hubiera hecho mamá, qué hubiera hecho papá, de haber estado. Y eso me ponía peor.

Sebas tampoco me ayudaba demasiado. Todo su interés estaba enfocado en buscar datos para su obra maestra: el diccionario universal de los dibujitos animados. Ya había completado dos cuadernos enteros —"dos tomos", decía él con orgullo— y aseguraba que algún día los iba a publicar. A él, su mamá le había dicho que Sofi tenía "neumonía o algo así". Justamente, lo que más me intrigaba no era que todos los adultos nos dieran una respuesta diferente, sino que admitieran sin querer que ellos tampoco tenían o podían dar la información precisa. Ese "algo así" condensaba el enigma que yo necesitaba develar.

Índice

Mal de ausencias 7
El enigma de Sofi 15
Volver a ser chiquitos 19
Cómo romper el misterio 27
Burbuja de noche y frío 33
Palabra de vidrio roto 39
Promesa de abuelo 43
Tres jinetes y una tentación 47
La orquídea de plata 53
Un motivo verdadero 59
El día que fui héroe 65
Remolinos de niebla 69
Sombras al acecho 75
Estrella de seis puntas 79
Mentira piadosa 83
Toda la esperanza del mundo 91
Un precio que pagar 97
La más maravillosa 105